

Globethics Repository



PT ¿Socialdemocracia o comunismo? [PT ¿Social Democracy or Communism?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Garcia, Marco Aurélio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-15 11:50:42
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220598

PT ¿Socialdemocracia o comunismo?

Garcia, Marco Aurélio

Marco Aurélio Garcia: Historiador brasileño, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Campinas, São Paulo (Unicamp). Miembro de la Comisión Ejecutiva Nacional y secretario de Relaciones del PT.

El dilema bolchevismo o socialdemocracia es anacrónico. Para elaborar su proyecto socialista, el Partido de los Trabajadores necesita mantener un diálogo crítico con las dos corrientes, renovando los métodos de intervención social y el lenguaje desgastado de la izquierda.*

Un fantasma parece rondar al Partido de los Trabajadores (PT): el fantasma de la socialdemocracia. Desde su nacimiento - y a lo largo de su historia - el partido fue precisado por sus atentos observadores a escoger entre el «revolucionarismo arcaico del modelo leninista» o la «moderna socialdemocracia».

Este problema, sin embargo, es previo a la propia formación del PT. En los últimos años de la década del '70, cuando surgió el nuevo sindicalismo, muchos vieron en este fenómeno la base social y política para el nacimiento de una socialdemocracia brasileña. Rápidamente se frustraron tales conjeturas; esos analistas buscaron en cada momento de crisis, por la que atravesó el nuevo e inesperado Partido de los Trabajadores, la oportunidad para regresar a esta casi obsesiva cuestión.

Así fue después de la derrota electoral de 1982, o cuando el PT, a finales de 1984 y comienzos de 1985, se rehusó asistir al Colegio Electoral. Así, igualmente, ocurrió en 1986 cuando el partido se colocó en la contracorriente del Plan Cruzado y recogió pocos dividendos electorales. Finalmente, así sucedió luego de la derrota de Lula en las elecciones presidenciales de 1989. Los más pesimistas vaticinaron en cada una de esas circunstancias el fin al del PT. Otros conminaron al Partido a optar por la socialdemocracia como forma de sobrevivencia.

El tema no tendría mayor relevancia si permaneciera apenas confinado en las inquietudes posmodernistas de editorialistas y periodistas políticos o en el examen de la academia. Pasa a tener importancia en la medida en que se transforma en una preocupación para gran parte de la militancia petista que vive un estado de relativa complejidad con las aceleradas transformaciones en la URSS y en el Este euro-

peo, y con los cambios ocurridos en el cuadro social y político brasileño luego de la toma de posesión de Collor de Mello, cuestiones cuyas respuestas incidirán en el futuro del partido.

La discusión sobre el tema de la socialdemocracia en el PT no puede, sin embargo, continuar subordinada a los doctos consejos que le son regularmente administrados en las páginas de la gran prensa o en los claustros académicos. No se puede regular tampoco por el adoctrinamiento de grupos y tendencias que quieren aprisionar al partido en conflictos y polémicas que, rigurosamente, no pertenecen a su historia. Lo que une a aquellos que aconsejan al PT a transitar por los caminos de la socialdemocracia y a los que advierten de los «peligros» de ésta, parece ser el desconocimiento de la historia del socialismo democrático, de la historia del PT y, lo que es más grave, de la realidad brasileña.

Estas notas buscan discutir cuestiones que permitan colocar el debate en un nivel distinto de aquel en el que ahora se encuentra. Son observaciones sumarias y preliminares y su objetivo es más el de desencadenar una discusión que el de concluir-la. Parten igualmente de la suposición de que el documento *El Socialismo Petista*, aprobado por el 7o. Encuentro Nacional, se constituirá en una elocuente manifestación de lo que ya se puede avanzar con relación al debate interno del PT.

Oposiciones

La oposición entre socialdemocracia y leninistas o bolcheviques data del fin de la Primera Guerra Mundial, cuando se consumó la división del movimiento obrero y socialista, que se había sumergido en una grave crisis a partir del momento en que se desencadenó el conflicto. En 1914, el Partido Social Demócrata Alemán (SPD) decidió apoyar al gobierno del káiser en su aventura bélica. Todos los partidos socialistas de Europa - a excepción del ruso y del italiano - se solidarizaron con sus respectivos gobiernos, arrastrando al proletariado de sus países a una lucha fratricida en los campos de batalla. Una profunda crisis política y moral se instauraba en el socialismo europeo con el desmoronamiento de la política antimilitarista que venía siendo construida de forma sistemática por la 11 Internacional, particularmente a partir del Congreso de Stuttgart, en 1907.

Al final de la guerra, el Partido Obrero Social Demócrata Ruso decidió cambiar su nombre por «Comunista». El POSDR no solamente incorporó en su denominación aquello que consideraba su objetivo estratégico, sino que intentaba liberarse de un rótulo «indeseable». La expresión «socialdemócrata» había sido manchada por el

«chauvinismo» y «capitulacionismo» de sus dirigentes. «¡Traición!», gritaban los revolucionarios para caracterizar la actitud de los dirigentes socialdemócratas. Estos, según Lenin, formaban parte de una «aristocracia operaria»¹ al servicio de la burguesía y mantenida con los resultados de la explotación imperialista. Pero lo que la comprensible indignación de los revolucionarios no explicaba era cómo la «traición» había sido seguida por las masas trabajadoras de todos los países europeos².

La guerra, según los revolucionarios rusos, mostró hasta qué punto estaban creadas las condiciones para abatir al régimen capitalista. Por considerar a la socialdemocracia como «traidora» y «podrida», los bolcheviques decretaron la «falencia de la II Internacional» y decidieron formar, en 1919, la Internacional Comunista o III Internacional, de la cual deberían ser excluidos todos los socialdemócratas³.

Raíces comunes

Por detrás de esta profunda división que marcó en las décadas siguientes al socialismo mundial, había mucho en común entre socialdemócratas y comunistas. Sus orígenes eran los mismos. Sus estrategias, tácticas y formas de organización y de acción convergieron más de lo que hacen suponer las ácidas polémicas que opusieron unos contra los otros en este siglo. La socialdemocracia es el resultado histórico de las profundas transformaciones por las cuales pasó el capitalismo europeo, y con él el movimiento obrero, en las últimas décadas del siglo XIX. La derrota de la Comuna de París, en 1871, causó no sólo la masacre, prisión y el exilio de decenas de millares de trabajadores franceses, sino, además, una onda mundial de histeria antiobrera, superior a aquella que había sacudido a Europa en 1848.

Alemania pasaba a ser, en lugar de Francia, el centro del movimiento obrero. A este dislocamiento en la geografía política correspondía igualmente un cambio en el eje de actuación de los trabajadores. En vez de las acciones insurreccionales y de los grupos conspiradores de diferentes inspiraciones doctrinarias, que marcaban el

¹Las consideraciones de Lenin sobre la “democracia obrera” y su relación con la crisis de la socialdemocracia, están en el capítulo octavo de su *Imperialismo, fase superior del capitalismo*.

²Un análisis sobre las ambigüedades del concepto de “aristocracia obrera” en Lenin, aunque sin romper con la concepción leninista de la relación clase/ partido, está en “Lenin y la aristocracia obrera” en Eric Hobsbawm: *Revolucionarios*, Paz e Terra, Sao Paulo, pp. 126-133. el tema de la “traición” socialdemócrata es discutido por Adam Ptzeworski: *Capitalismo y Socialdemocracia*, cía das Letras, Río d Janeiro, pag. 15 y por Fernando Claudin: *La crisis del movimiento comunista internacional*, Editorial Ruedo Iberico, Madrid, cap. 2, pp. 25-73.

³Cf. a este respecto las *Condiciones para Intervención en la Internacional Comunista*, aprobadas en su segundo congreso en 1920. La tónica de este documento es crear una frontera muy nítida entre comunistas y socialdemócratas.

movimiento obrero francés, surgía el cada vez más masivo proletariado alemán, disciplinadamente organizado por sus sindicatos dirigidos por el SPD. La vía electoral venía siendo seguida desde 1886 y, poco antes de su muerte, Engels saludaba el «uso inteligente» del sufragio universal por el proletariado de Alemania.

El Partido Obrero Social Demócrata Ruso, dividido a partir de 1903 en los moderados mencheviques (minoritarios) y en los revolucionarios bolcheviques (mayoritarios), veía en la socialdemocracia alemana una fuente de inspiración permanente ⁴. El proletariado, decía Lenin, necesitaba de un partido, diferente de la clase, formado por revolucionarios profesionales, en su mayoría ajenos a la clase obrera, que dominase la teoría de la historia para alterar su curso y lanzarse a la conquista del poder. La teoría era el «marxismo», esto es, la herencia teórica de Marx y Engels que resultó del análisis crítico del capitalismo, y de las posibilidades de su transformación, que el movimiento socialista mundial jamás conoció.

El problema, que siempre ocurre cuando la teoría se pretende omnipotente para explicar (y transformar) la historia ⁵, es que los «fundadores» del marxismo habían dejado explicaciones incompletas sobre el capitalismo. Poco discutieron su organización política y mucho menos aún una teoría de la acción del proletariado, para citar algunos vacíos. La herencia intelectual y política de los fundadores entraba en contacto con estas realidades y «el marxismo» concretamente pasó a ser el resultado de distintas lecturas y de las correspondientes aplicaciones de la obra de Marx/Engels a estas realidades mutables. Dejaba de existir, a pesar de los esfuerzos de manutención de la ortodoxia, un marxismo. El proceso de mundialización del marxismo implicaba el surgimiento de marxismos.

Muchos conocen la famosa polémica que agitó a finales del siglo XIX a la socialdemocracia alemana (y, a través de ella, a la de todo el mundo) entre Bernstein y Rosa Luxemburgo. El primero atacó fuertemente las tesis de Marx sobre la tendencia a la pauperización absoluta de la clase obrera y a la desaparición de las clases medias, al mismo tiempo que criticaba la idea de que la revolución sería el resultado de las contradicciones insolubles del modo de producción capitalista. Bernstein abogaba por una estrategia obrera fundada en la conquista de sucesivas reformas en los marcos del capitalismo, que desembocara en una nueva sociedad sin necesidad de ruptura revolucionaria. Rosa criticó a Bernstein, centrando sus ataques en la ilusión de éste sobre las posibilidades de autotransformación del capitalismo. El socialismo sería obra de la clase trabajadora, pero su viabilidad estaba inscrita en la im-

⁴Es lo que demuestran los historiadores de socialismo, como Georges Haupt, en su libro *L'historien et le mouvement social*, Maspéro, París.

⁵Recordemos la frase de Lenin: "El marxismo es todopoderoso porque es verdadero"

sibilidad del capitalismo en evitar su propia bancarrota. Esta visión economicista del capitalismo y de sus posibilidades de transformación acabó por revelarse en matriz común de toda la socialdemocracia. Reformistas y revolucionarios, fijándose objetivos diferentes, partían, así, del mismo supuesto: había «leyes científicas» del desarrollo capitalista. Una «necesidad histórica» impulsaba al proletariado en determinada dirección. El socialismo era una ciencia. Lo que diferenciaba a unos de los otros era los métodos y los ritmos.

A partir de la crisis desencadenada con la posición asumida por la mayoría socialdemócrata en 1914, se desarrolló entre los revolucionarios, sobre todo entre los rusos, una tendencia a radicalizar el análisis de estos condicionamientos históricos sobre el papel. Contra el evolucionismo moderado que dominaba la socialdemocracia, después de 1914, se desarrolló una corriente voluntarista a partir de la idea de que el capitalismo vivía su crisis general y terminal. Ya que las condiciones objetivas para la revolución estaban reunidas, restaba apenas poseer una dirección política capaz de potencializarla. Bastaba crear las condiciones subjetivas: nuevos partidos políticos y una nueva Internacional. Pero el argumento aquí gira en torno a sí mismo.

¿Cómo separar de forma tan radical las condiciones objetivas de las subjetivas? El elemento subjetivo - la socialdemocracia - era el resultado de la expansión del capitalismo (elemento objetivo). El propio Lenin abrazó esta tesis cuando formuló su teoría sobre la «aristocracia obrera». En ella, como vimos, él admitió que la dirección del movimiento obrero podía ser corrompida por el propio enemigo burgués, al punto de hacer la política de éste. Pero si solamente el partido de vanguardia era capaz de operar en el proletariado la transformación de su conciencia espontánea (reformista) en conciencia de clase (revolucionaria), por la fusión de la teoría revolucionaria con la dinámica de las luchas de los trabajadores, ¿cómo explicar que justamente fuera el partido más preparado intelectualmente (el SPD) el que se dejara «corromper»?

Divisor de aguas

Con la conquista del poder por los bolcheviques, en octubre de 1917, se consumó la división del movimiento obrero y socialista internacionales. A partir de ahí la expresión socialdemócrata pasó a tener, para parte de las izquierdas, una connotación peyorativa, un sinónimo de conciliación con la burguesía y de traición a la causa obrera. La Internacional Comunista, fundada en 1919, afirmaba que la revolución estaba a la orden del día. Faltaba apenas un partido con voluntad política

para dirigir a las masas que se levantaban contra sus opresores. El capitalismo, decía, agonizaba y solamente sobreviviría si direcciones traidoras le daban tregua. La revolución pasaba por la constitución de organismos de doble poder en la sociedad, según la lección de los soviets rusos, y debía desembocar en la dictadura del proletariado, forma superior de la democracia, radicalmente diferente de las «democracias burguesas» existentes en Occidente.

La derrota de las breves experiencias soviéticas en Hungría y en Finlandia, el fracaso de los primeros intentos insurreccionales en Alemania, la contención del avance del Ejército Rojo sobre Varsovia y, principalmente, las enormes dificultades internas que enfrentaban los soviéticos, determinaron el archivo de los planes de una inmediata y generalizada revolución en Europa. La agitación desencadenada por el Octubre soviético había pasado. Se producía un reflujo («temporal») que aconsejaba una política moderada y una aproximación con la socialdemocracia.

*Ensayo publicado en *Teoría y Debate* N° 12, 12/90